

**allen ginsberg
kenneth koch
& ron padgett**

nos lo inventamos todo




kriller71 ediciones

kriller71 ediciones / Colección Poesía

<http://kriller71ediciones.com>

info@kriller71ediciones.com

 Kriller71 Ediciones

 @kriller71

 @kriller71

asistente editorial

marina miravet cristobo

isbn

978-84-121380-5-4

depósito legal

B 17596-2020

© del prólogo, Martín Rodríguez-Gaona, 2020

© de esta edición, Aníbal Cristobo, 2020

MAKING IT UP

Copyright © 1994, Allen Ginsberg, Kenneth Koch y Ron Padgett

Todos los derechos reservados.

Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de
Cultura y Deporte



MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO
Y FOMENTO DE LA LECTURA

**allen ginsberg
kenneth koch
& ron padgett**

nos lo inventamos todo

traducción de sylvia galup
prólogo de martín rodríguez-gaona



kriller71 poesía #48

“y a las generaciones venideras / las libre dios de estas tonteras”

por martín rodríguez-gaona

El espectáculo poético “Nos lo inventamos todo” surgió del enfrentamiento, cordial y cómplice, de dos autores consagrados (Allen Ginsberg y Kenneth Koch) dirigiéndose a una comunidad específica (la comunidad del Poetry Project en Nueva York). Dos factores resultaron fundamentales para llevar a cabo el evento: la fe en la improvisación verbal y un público sensible a la misma. Así estamos ante una curiosa mezcla entre las expectativas generadas por un par de celebridades poéticas y la capacidad de los espectadores para reconocer el virtuosismo formal expresado como una parodia de diversas tradiciones literarias.

El público, esencialmente juvenil y de clase media urbana, consideraba a la poesía como un arte atractivo, incluso heroico o mítico. Esto fue determinante para el ansia de espectáculo y de sutil competición (adelantándose unos años a un formato como el SLAM POETRY, que tendría una importante acogida internacional posteriormente). Destaca con claridad en “Nos lo inventamos todo” la impronta de los sesenta y, en concreto, el encuentro de dos de sus propuestas más influyentes: lo Beatnik y la Escuela de Nueva York:

AG: Bombas nucleares surgen de la mente

KK: Allen cree en peligro a nuestra gente...

En otros términos, estamos ante una contracultura que, pese a sus militancias y obsesiones, no sólo se reconoce ya bastante institucionalizada, sino también internacionalizada, dispuesta a hacerse espectáculo.

1979: Frank O'Hara lleva trece años muerto, Jack Kerouac diez, y hace apenas tres que John Ashbery ha sido consagrado con la triple corona de la poesía estadounidense (el Pulitzer, el Premio Nacional y el Nacional de la Crítica) por *Autorretrato en un espejo convexo*. De la publicación y el posterior juicio mediático por *Aullido* (1956) han transcurrido ya más de dos décadas. Pero éste es todavía un momento radicalmente alejado de la nostalgia (a pesar de la futura intuición de The Smashing Pumpkins), pues Nueva York, a finales de los setenta, está lejos de la gentrificación total y vive una portentosa eclosión creativa: se están gestando en la ciudad que nunca duerme obras emblemáticas en distintas disciplinas, como las de Martin Scorsese, Gordon Matta Clark, Héctor Lavoe y Talking Heads.

En poesía, las segundas generaciones de los beatniks y de la Escuela de Nueva York continúan la ruptura y la superación respetuosa de la tradición modernista. En este recital se aprecian claros tributos de Ginsberg a Ezra Pound y de Koch a W.C. Williams. Por doquier se respira la conciencia y el orgullo de la nueva hegemonía cultural estadounidense (como en *El Pájaro Loco* y otras referencias a la cultura pop), pero con cierto espíritu crítico, sea a través de lo político o de lo absurdo.

Por consiguiente, se explora, con total naturalidad, una pluralidad de tradiciones culturales: la provenzal, la japonesa, la música afroestadounidense, Dada, el surrealismo y, ante todo, lo popular industrializado. El virtuosismo verbal quizá se haga más patente en el empleo de la sextina (antes escrita por Pound, *Altaforte* y Ashbery, *El pintor*). La misma línea que en español emplearían una década antes también Jaime Gil de Biedma y Carlos Germán Belli.

Creo que podría continuar meditando hasta que la
permanencia no sea más que un "sin embargo"
Y yo, hasta que el inestable recipiente de mi tinta roja
estuviera soñando
Yo sigo meditando hasta que, a la Puertas del Paraíso, me
miran y me llaman intruso

Momento en el que no sólo los ángeles sino también las
nubes parecen tener gracia
Y es en ese momento cuando ambos descubrimos su
apodo: es El Jeta

Otra forma de aproximarse a “Nos lo inventamos todo” sería, entonces, asumir su propuesta como un inmenso cadáver exquisito performativo. Cierta escenaria en tres dimensiones permite una puesta en escena verbal dirigida a un público y una comunidad cohesionados por su empatía y complicidad. Mas dicho tono e intencionalidad no eran algo inédito, pues respondían, más bien, a un clima de época. Los recitales multitudinarios habían sido constantes desde inicios de los sesenta y la fragmentación, el absurdo y la improvisación textual estaban en el mismo espíritu de libros como *Los sonetos* (1964) de Ted Berrigan y *Los mesótricos* (1976) de John Cage. También se aprecia la estela de otras colaboraciones célebres como *Bean Spasms* (1967) de Ted Berrigan, Ron Padgett y Joe Brainard y la novela *A nest of ninnies* (1969), de John Ashbery y James Schuyler. Es decir, la performatividad de “Nos lo inventamos todo” corresponde, en gran medida, a actualizaciones de prácticas surrealistas, tamizadas por el ideario Beat (Ginsberg: “First thought, best thought”, Burroughs: “Exterminate all rational thought”). En breve: el irracionalismo posmodernista desafiando al logos moderno.

Desde este prisma se asimila mejor la vinculación estrecha entre el espíritu crítico y la iconoclastia de algunos miembros de la comunidad del Poetry Project. La neovanguardia no era una bibliografía sino el afán de conciliar en la cotidianidad el arte y la vida: así con la experimentación con las drogas y la sexualidad. John Giorno echando LSD al ponche e interviniendo la radio de onda corta local (Radio Free Poetry) con poemas y mensajes subversivos (por lo que sería arrestado). Ginsberg ofreciéndose en una fiesta a hacerle una felación en público a Jack Spicer (por la hermandad entre distintas poéticas). Difícil imaginar que, en este ambiente, también Frank O’Hara participara en un sentido y sobrio homenaje a Giuseppe Ungaretti, ya anciano.

Dichas aventuras corresponden a una clase media muy particular, distinta a la española (sin las restricciones del tardofranquismo ni de la cultura de la transición) y a la hispanoamericana (y sus sórdidos desniveles sociológicos, económicos y raciales). Digamos que si la vanguardia era el lujo de la clase media, esto parecía significar algo cuando la clase media urbana era extensa e ilustrada.

No obstante, tampoco todo era idílico en estos espacios compartidos. La apertura, amplia e incluyente, permitía asimismo la conformación y la confrontación de comunidades con distintas necesidades y proyectos políticos. Así Kenneth Koch, educado en Harvard, fue agredido en otro evento multitudinario por un grupo de Panteras Negras con una pistola de fogeo.

Pero para “Nos lo inventamos todo”, el público juvenil que abarrota el Poetry Project, está más que dispuesto a escuchar atentamente el talento lúdico de los dos poetas cincuentones: al gurú icónico (ya sin barba ni melena) y al siempre formal y cool profesor universitario. La brecha generacional no parece ser importante: se valora una actitud iconoclasta, pero asimismo una conciencia formal. El talento que lo justifica todo. El espectáculo entendido como un reto a solventarse con virtuosismo. Algo más que seguir o entregarse ingenuamente al estatus de una celebridad (local, Koch, internacional, Ginsberg).

El tercer autor y protagonista oculto de “Nos lo inventamos todo” es Ron Padgett, como maestro de ceremonias y encargado de elegir los temas (más favorables a la sensibilidad lúdica de la escuela de Nueva York). Esto no parece incomodar demasiado a Ginsberg, quien confía en su capacidad verbal y en su instinto para el espectáculo. Muertos hoy los dos protagonistas principales de esta velada, curiosamente, la poesía de Padgett, deliberadamente ingenua, absurda y minimalista, ha sido reivindicada y dada a conocer masivamente por el cineasta Jim Jarmusch en *Paterson* (2016).

En última instancia, “Nos lo inventamos todo” responde, entonces, a un planteamiento básico y consciente. La propuesta, en su conjunto, parece una excentricidad, en esencia, un mero juego. Pero, a lo largo de su despliegue, se ataca la autoría, el pudor, la perfección, el secreto profesional. En suma, nada más y nada menos que la sacralidad del oficio poético.

Cuarenta años después, ¿qué ha quedado de toda esta energía? Lamentablemente, fuera de la nostalgia, muy poco. Lo posmoderno académico, la teoría francesa y el posestructuralismo, erosionaron esta escena a mediados de los ochenta. Se mermó la vitalidad del arte y la poesía urbanos, sustituyendo sus experiencias y aventuras por el adoctrinamiento dentro de los programas de Estudios culturales y similares. Un giro brillante del poder hacia la masificación de las jaulas doradas y la definitiva desarticulación de la energía contracultural. La hegemonía posmoderna se desplazó al MLA: el cuerpo y el riesgo fueron atenuados.

“Nos lo inventamos todo” es, entonces, entre muchas otras cosas, un testimonio de cómo, a finales de los setenta, los poetas, buscando decididamente una interacción con el público, aún aspiraban a ser artistas, sin ningún otro patrocinio que su conciencia y talento (no simples amplificadores ideológicos y creadores de consenso, que ha sido la evolución de la mayor parte de las propuestas poéticas performativas, incluso desde las minorías). Los poetas no eran representativos, influencers, preceptores de consumo, publicistas para multinacionales de la edición, ni tampoco justicieros sociales con patrocinios sospechosos.

Allen Ginsberg y Kenneth Koch en “Nos lo inventamos todo” aceptaban el reto de hacer de la poesía un espectáculo. Pero acercando al público al lenguaje, a sus riesgos, titubeos y tribulaciones. Exponiéndose y dando una idea del proceso creativo: mucho más que la servidumbre ideológica o el mero entretenimiento.

nos lo inventamos todo

Prefacio

por Ron Padgett

No recuerdo quién propuso la idea de una noche de colaboraciones poéticas espontáneas entre Allen Ginsberg y Kenneth Koch, pero creo que surgió durante un viaje en taxi que hicimos los tres juntos, unos seis meses antes del evento, en el que Allen y Kenneth comenzaron a hacerse bromas e incluso a parodiar mutuamente el trabajo del otro. Esa conversación, y sus juegos, culminaron en una presentación pública un miércoles por la noche, el 9 de mayo de 1979, en el St. Mark's Poetry Project. A medida que la fecha se aproximaba, Allen y Kenneth —que nunca habían participado en un evento así— comenzaron a manifestar algunas dudas, como yo mismo. Un mes antes del evento, les escribí: “He estado dándoles vueltas a algunos detalles de vuestro espectáculo del 9 de mayo, y me gustaría preguntaros acerca del formato: ¿queréis que fijemos algunas reglas o lo preferís algo más *freestyle*?” Los dos pensaron que sería mejor trabajar a partir de una estructura, pero me encargaron que decidiera cuál sería. Así que diseñé una serie de “tareas” con las que sorprenderlos.

1. Poema con versos de una sola palabra (alternando autores a cada verso)
2. Poema con versos de dos palabras (alternando autores a cada verso)
3. Poema con versos de tres palabras (alternando autores a cada verso)
4. Pareados en pentámetro yámbico

1er verso: Allen

2do verso: Kenneth

3er verso: Kenneth

4to verso: Allen

5to verso: Allen

6to verso: Kenneth

etc.

5. Diálogo dramático en verso libre

Personajes sugeridos: Vladímir Maiakovski, una zanahoria, el cometa Halley, un par de zapatos de operario de talla grande, un campo de maíz, New Mexico, El Pájaro Loco, Georgia O'Keeffe, unas montañas con bruma, Hamlet Príncipe de Dinamarca, una máquina de escribir con piernas, la Basílica de Sacré-Coeur de París.

6. Blues

Temas sugeridos: la pérdida de la identidad, el fracaso del plan para convertirse en la persona más rica del mundo, la misteriosa pérdida de las ropas de uno, el miedo a ser ejecutado, la soledad de la Tierra en el Universo, el lamento por la fragilidad del cuerpo, demasiados objetos en la Tierra, muy pocos objetos en la tierra, etc.

7. Sextina (autores alternando a cada verso o cada tres versos)

Posibles finales de verso: 1) gracia, espiritualidad, sin embargo, intruso, jeta, soñando; 2) Dinamarca, lanzar, perpendicular, nunca, William Carlos William, gruñido; 3) nubes, escape, protones, manuscrito, bisabuela, fin.

8. Balada

Asuntos sugeridos: 1) William Blake y Popeye discuten y se batan a duelo; 2) un caballero desconocido encuentra un objeto misterioso en los bosques de la Inglaterra artúrica; 3) un viejo es encarcelado por robar un libro con su propia poesía; 4) un joven amante descubre que es la reencarnación de Gertrude Stein, y teme que eso pueda arruinar su inminente casamiento; 5) etc.

9. Pareados octosílabos (el mismo procedimiento que en #4)

Temas posibles: preguntar al público.

Otras posibilidades:

10. Un poema que no tenga sentido.
11. Un poema en el que cada verso contradiga de algún modo el verso anterior.
12. Un poema que sea deliberadamente malo.
13. Un collage verbal usando 1) versos de libros de Ginsberg y Koch, y 2) cualquier material escrito.
14. Un poema que no tenga reglas.

El 9 de mayo resultó un día caluroso y húmedo. Para paliar el calor, Maureen Owen (la coordinadora del programa del Poetry Project) y yo mantuvimos las luces apagadas durante todo el día en el salón de la iglesia donde se desarrollaría el evento. Sabíamos que vendría bastante gente, pero el santuario, que era el espacio principal de la iglesia destinado a las presentaciones, estaba aún en obras de reconstrucción por un incendio del verano anterior.

Tradicionalmente, el grueso del público del Poetry Project no llegaba a las lecturas de las 8 PM hasta las 8.15 o las 8.30. Esa noche, a las 7.30 ya había llegado una gran cantidad de gente y para las 8 en punto la sala estaba absolutamente llena, con alrededor de 225 personas. Para que hubiera algo de aire fresco, abrimos los tres ventanales del lado oeste, ventanales que pronto se llenaron con las caras de aquellos que habían llegado demasiado tarde para poder entrar. A estos se les unieron otros, detrás, en el patio de la iglesia.

Allen y Kenneth estaban sentados en una mesa frente a la chimenea del salón. Yo, en mi rol de maestro de ceremonias, me había situado en uno de los extremos de la mesa, cerca de un caballete sobre el cual había colocado un bloc de dibujo de 24 x 36. En él estaban apuntadas las tareas para los poetas, que yo iría revelando paulatinamente. Maureen estaba cerca, controlando la grabadora del Poetry Project. Mientras la temperatura en el salón iba aumentando, hice una breve introducción, y todo se puso en marcha.

El texto da una idea de cómo fueron las cosas esa noche, pero no necesariamente deja ver el rol que jugó el público. Todos parecían estar inclinados hacia adelante, con los ojos fijos en los poetas. La expectativa era enorme —y es normal que lo fuera, ya que nadie, ni siquiera los participantes, sabían lo que estaba por ocurrir. Raramente, si es que alguna vez había sucedido, dos poetas tan famosos se habían colocado en una posición tan vulnerable en público. La espontaneidad de la colaboración repentista no puede ser falseada: tanto Allen como Kenneth estaban al borde no sólo de dejar al descubierto sus modelos compositivos sino, en cierta medida, sus propias mentes. Esa noche, el público acompañó cada ascenso y caída, cada giro y cada vuelta, cada frenazo y despegue de esa osada performance. Y también rieron y aplaudieron a rabiar. Sus energías parecían irradiar hacia los poetas, quienes fueron relajándose y dejando que su generosa inventiva resplandeciera en un brillante, entretenido, y amistoso combate poético.